El pacto verbal

Octavio Paz

Debo comenzar con una pequeña confesión: participo en este seminario con cierto recelo. Las personalidades que hablarán sobre los aspectos económicos, tecnológicos, culturales y éticos de los nuevos medios de comunicación son autoridades en sus respectivas disciplinas. En cambio, yo soy un escritor. Y un escritor que escribe sobre todo poemas. Ni el poeta ni el novelista pueden hablar desde las certidumbres de la ciencia o las hipótesis de la filosofía. La literatura es un arte y, debo añadir, un arte sin reglas ni temas fijos, en perpetuo cambio tanto por su instrumento: el lenguaje, elusivo y siempre fugitivo, como por su objeto: los hombres, criaturas ondulantes y abismales. Escribir un poema o una novela es una aventura en lo desconocido. Nuestros hallazgos son descubrimientos como los de los científicos, pero pertenecen a un orden distinto: no se resuelven en leyes generales sino en casos particulares, únicos. Una pieza teatral de Shakespeare, un soneto de Petrarca o una novela de Balzac son obras irrepetibles.

Otra de las razones de mi recelo: el tema de nuestras conversaciones ha sido tratado con abundancia durante los últimos años. Cierto, buena parte de lo que se ha dicho se reduce a obviedades y lugares comunes; también es cierto que muchas eminencias en los dominios de la filosofía, la educación y las ciencias sociales han hecho observaciones profundas y críticas agudas. Así pues, la única justificación de mi presencia entre ustedes radica en mi situación anómala: mi punto de vista será el de la literatura, un arte cuyo territorio es la incertidumbre misma. Por fortuna, Wole Soyinka, notable escritor, también participa en este coloquio. Se ocupará, según tengo entendido, de un tema que domina: la identidad cultural y los nuevos medios de comunicación. Mi propósito es más modesto y más general.

Me parece útil comenzar con una distinción archisabida y, no obstante, olvidada con frecuencia: los medios de comunicación, los escritos lo mismo que los visuales, transmiten mensajes, signos dotados de este o de aquel sentido, pero no son propiamente lenguajes. Sin embargo, aunque los medios de comunicación no son sino canales de transmisión de signos visuales y orales, su relación con el lenguaje es íntima y, en cierto modo, determinante. Los medios no son signos pero influyen poderosamente en ellos e incluso los cambian. Poseen, por sí mismos, sentido y significación. Esa significación es, sobre todo, histórica. Me explico: cada medio corresponde a un tipo de sociedad: no es lo mismo participar en un diálogo de la Academia platónica o en una discusión pública en el Foro romano que contemplar en una pantalla de televisión una mesa redonda sobre este o aquel asunto. En el segundo caso el espectador es pasivo ya que no tiene la posibilidad de replicar. Ha dejado de ser un interlocutor y se ha convertido en un oyente. Ahora bien, el lenguaje es esencialmente conversación, diálogo; los medios modernos suprimen el diálogo y así modifican substancialmente al lenguaje: la comunicación se vuelve unilateral. El cambio comenzó con el libro: leer es un acto solitario y las opiniones y reacciones del lector son privadas, pertenecen a su fuero interno. No obstante, el diálogo no desaparece enteramente: el libro es un teatro fantasmal en el que dos desconocidos se enfrentan. El autor propone y el lector dispone. El caso de la radio es semejante: aunque no vemos signos, como en la página, oímos palabras, es decir, signos orales. Con la televisión aparece algo muy distinto.

La televisión no presenta signos sino, predominantemente, imágenes. El espectador es el testigo impotente de escenas que poseen una doble realidad: son hechos y son imágenes. El "texto" que nos ofrece la televisión es irrefutable: no está compuesto por signos que se refieren a esta o aquella realidad sino por imágenes que se presentan como si fuesen la realidad misma. La verdad es que esas imágenes son versiones o puntos de vista del suceso y, por lo tanto, implícitamente, son opiniones; sin embargo, nunca aparecen como opiniones sino como realidades. De ahí que la información transmitida, incluso si es verídica, sea en cierto modo equívoca. Los historiadores discuten años y años sobre lo que pasó realmente en el Congreso de Viena o en la batalla del Marne; la televisión es instantánea, indiscutible e irrefutable. No quiero decir que las imágenes de los noticiarios, por ejemplo, sean mentirosas; digo que en nuestra relación con ellas se suprimen la crítica y el

diálogo. Todos los días encendemos nuestros aparatos para enterarnos de lo que ocurre en nuestro país y en el mundo; todos los días, asimismo, presenciamos discusiones en las que los expertos debaten sobre temas de su especialidad. Esas informaciones y esas discusiones son útiles e incluso instructivas pero el espectador, al apagar su aparato, se queda con la impresión de que ha visto y oído a personas remotas e intangibles, que hablan para todos. Y hablar *para* todos es hablar *con* nadie.

Uno de los pilares de la democracia es la noción de diálogo. Los medios modernos la han desfigurado. El pueblo se ha transformado en público: un ente anónimo sin cara, una masa maleable y voluble, dócil y cambiante. Sus gustos son caprichosos y efímeros: ¿cómo satisfacerlos sin degradar el mensaje? No menos grave es el uso y el abuso de imágenes de violencia. Esta queja, aunque muy justa y extendida, requiere una acotación: la crítica olvida la doble naturaleza del hombre, que es simultáneamente un animal violento y un animal social. Todas las sociedades, del paleolítico a nuestros días, se han enfrentado a la violencia y todos han tratado de regularla, canalizarla o sublimarla. No se equivocaba Hobbes al pensar que el Estado nació para oponer un dique a la guerra perpetua que, desde el principio, desgarra a los individuos y a las sociedades. No hay una página de la historia de los hombres que no esté empapada de sangre. La exhibición pública de la violencia no es una novedad y apenas si necesito mencionar al circo romano, a los sacrificios humanos de los aztecas y otros pueblos, a los autos de fe y a las quemas de brujas, a la guillotina, a las corridas de toros y, menos sangrientas pero bárbaras y brutales, a las peleas de box. No he mencionado estas prácticas como una disculpa sino como ejemplos de lo que es la naturaleza humana. Por lo demás, es innegable que las escenas que muestra la televisión, continuamente repetidas, no sólo justifican y aún embellecen a la violencia sino que nos acostumbran a ella y en cierto modo nos insensibilizan. Los más expuestos son los niños. Tal vez la televisión no sea ajena al aumento de la criminalidad infantil y juvenil.

Otro efecto nocivo de este maravilloso medio de comunicación es el tiempo que a todos, especialmente a los niños, nos hace perder. Esa pérdida no se mide únicamente en horas: la lectura nos obliga a reflexionar mientras que la televisión nos da todo ya masticado y digerido. La educación tiene por objeto enseñar a pensar y a decidir; la televisión borra la distancia entre aquello que vemos y la realidad real. Podría mencionar otras críticas: la superficialidad, la baja calidad de la mayoría de las producciones, la trivialidad, la obsesión por el "rating" y su consecuencia: la adulación a los gustos más bajos del público. Para equilibrar un poco la balanza hay que citar a muchos noticieros y documentales, a unas pocas películas admirables, a los filmes educativos y a los que difunden las ciencias y las artes, a las historietas animadas para los niños, no pocas veces divertidas, bien dibujadas y aún poéticas.

En cuanto a la vida política: es innoble que las campañas electorales se hayan convertido en espectáculos y que las convenciones y reuniones de los partidos, sobre todo en los Estados Unidos, recuerden no al ágora ateniense sino al circo. Aquí también hay que matizar. La política colinda con el teatro. Los dictadores aman los espectáculos, las marchas, las bandas militares y las muchedumbres que, en rigurosa formación, trazan en las grandes plazas una geometría simplista y obsesiva. También en las democracias abundan las comedias, las tragedias y los melodramas. Nada más teatral que un debate en una asamblea política. Los autores teatrales no han sido insensibles al carácter ceremonial y ritual de los actos políticos, como se ve en los más grandes: Esquilo, Sófocles, Shakespeare, Marlowe. El punto de convergencia entre la religión y la política es el teatro: el acto público que congrega a la multitud de los fieles en torno a un símbolo y a un oficiante (sacerdote o líder). Es lamentable, sí, que la política actual haya degenerado en espectáculo pero, si he de ser sincero, lo que deploro no es tanto la teatralidad como la vulgaridad.

No se pueden ocultar los desaguisados de la televisión. Tampoco podemos condenarla y desahuciarla, como si fuese mala *per se* e irreformable. Algunos de sus defectos provienen de su naturaleza misma. Por ejemplo, la necesidad de proyectar programas sin interrupción desde que nace el día hasta que muere vuelve imposible no digamos ya la perfección sino la medianía. Pero este defecto tiene un remedio: hay que disminuir las horas de proyección, aunque así se mermen las ganancias, de todos modos excesivas, de las grandes compañías. También ayudaría mucho la diversificación de los programas. Obsesionados por el "rating", los productores ven al público como una masa homogénea. No lo es: el público es plural. En las democracias modernas el pluralismo es esencial y en la televisión debería ser un *sine qua non*. Los gobiernos y también los consorcios que crean fundaciones y practican el mecenazgo en las ciencias y en las artes, podrían y deberían ayudar a la producción de programas de calidad —científicos, artísticos, educativos destinados a las minorías. Esas minorías, tan pocos oídas en las sociedades actuales, han sido el corazón, el alma y la mente de los pueblos. Si ellas desapareciesen, como muy bien puede ocurrir si las cosas siguen como van, caeríamos en una nueva barbarie. No sería la primera vez en la historia. Recordemos el fin del mundo antiguo y los siglos obscuros que lo siguieron. La diferencia es que ahora la barbarie sería tecnológica.

La televisión es hija de nuestro siglo y sus pecados y extravíos son los de nuestro siglo. Es un efecto, no una causa de los males que refleja con tanta y cruda fideli-

dad. Estas causas son históricas, sociales, morales y políticas. La televisión es un medio de comunicación en la sociedad de masas pero ella no inventó este fenómeno social. Ya en 1856 Tocqueville observaba que el dominio de las mayorías, aunque legítimo e históricamente necesario, entrañaba ciertos peligros, como el descenso del gusto público y la uniformidad en las maneras de pensar y de sentir (*L'Ancien Régime et la Révolution*). Incluso pensaba, con cierta exageración, que la poesía era incompatible con la democracia. Muchos artistas románticos y simbolistas creyeron lo mismo. Sin embargo, como todos sabemos, el siglo XIX fue rico en altos poetas. Un siglo después, en 1930, Ortega y Gasset publicó *La rebelión de las masas*, libro brillante. En suma, la irrupción de las masas en la escena pública es un rasgo distintivo de nuestra época y muy anterior al nacimiento de la televisión.

La televisión informa y divierte a las masas pero estas funciones las comparte con los diarios, las revistas y los libros. Es natural que también comparta los defectos. Las artes y la literatura no son una excepción. Los museos se han transformado, para bien y para mal, en gigantescos *show-bussines*; a su vez, la pintura y la escultura —cosas que se pueden poseer y transportar como las joyas y el oro contante y sonante— son ya ramas del mercado financiero. Siempre hubo mecenas generosos; lo nuevo es la aparición de compradores de cuadros y esculturas que ni siquiera ven lo que compran: el arte como juego de bolsa. En el dominio de la literatura no es la rareza, el objeto único, lo que determina la valía de una obra sino, como en la televisión, la popularidad efímera. Ejemplos: la institución de los *best-sellers* y los miles de novelas y biografías que cada año se publican y que duran lo que dura un parpadeo. Las masas no son las únicas culpables de esta situación. La televisión es una inmensa y poderosa industria, un negocio. Allí está, a mi juicio, la raíz. Como en tantas otras industrias, el lucro es el motor de sus actividades. Ahora bien, es imposible suprimir al lucro sin suprimir al mismo tiempo al mercado. La terrible experiencia soviética es concluyente: la supresión del mercado no sólo es quimérica sino indeseable. El mercado ha sido y es el eje de la vida económica, lo mismo en nuestra época que en el pasado. Entonces, ¿qué podemos hacer? No es necesario ser economista para responder a esta pregunta; basta con tener ojos y oídos para enterarse de lo que sucede. El mercado es un mecanismo que ignora la justicia y la piedad. Debemos humanizarlo. Es una creación nuestra, de modo que podemos orientarlo y volverlo más equitativo y menos anárquico.

En un ensayo escrito un poco antes de morir, el filósofo Karl Popper propuso ciertas medidas para evitar, en lo posible, los males y excesos de la televisión. Aunque Popper era enemigo de controles y reglas que coaccionasen o limitasen la libre iniciativa, no vaciló en proponer un plan de autocontrol de la televisión. Le parecía que se había convertido en una amenaza para la democracia moderna. El remedio de Popper, profesor al fin, consistió en proponer que la televisión —productores, locutores, actores, técnicos, etcétera— se convirtiese en una institución no sin analogías con las universidades y las academias: un cuerpo colegiado, con reglas propias y al que no se podría ingresar sino después de un examen. No sé si sea factible esta idea; en cambio, es indicativa de una opinión más y más generalizada: la necesidad de una reforma de los medios sin, por supuesto, tocar las libertades básicas de opinión y de expresión. Tal vez, me atrevo a pensar, el modelo o inspiración de esa reforma podría ser no la universidad sino el fundamento mismo de las sociedades modernas: el pacto social, la constitución democrática. De ahí que haya llamado a estas reflexiones *El pacto verbal*.

La idea de Rousseau no ha cesado de inspirarnos desde hace más de dos siglos. Nuestras constituciones, basadas en el principio del equilibrio de poderes, garantizan no sólo la voluntad de las mayorías sino que preservan los derechos de las minorías y de los individuos. La televisión y la radio podrían inspirarse en los principios que, literalmente, nos constituyen. Subrayo que esos principios no sólo tienen un fundamento político y jurídico sino también psicológico y biológico. Hace un momento recordé que el hombre es un animal social. La sociabilidad, aquello que según Aristóteles distingue a los hombres de los otros seres vivos, es una predisposición innata en nuestra especie. La conciencia nace no con el descubrimiento del yo sino del otro y de los otros. La psicología primero y ahora la neurobiología nos enseñan que el niño comienza a tener conciencia de sí mismo cuando se de cuenta de que existen los otros. La reforma de la televisión debería comenzar con la aceptación de una verdad casi siempre olvidada: mi libertad tiene un límite, *los otros*.

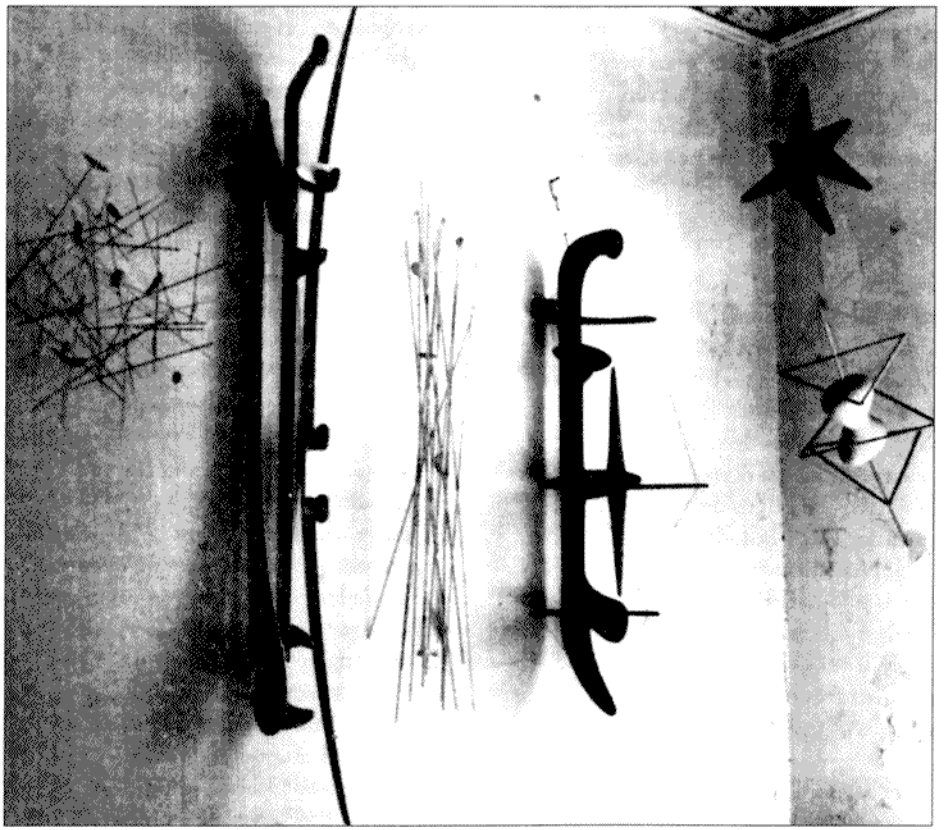
Las reglas que debería darse a sí misma la televisión serían esencialmente semejantes a las que contienen nuestras constituciones: libertad de opinión y expresión; derechos de las mayorías, las minorías y los individuos; creación de un poder moral y jurídico semejante al poder judicial. Este código de derechos y obligaciones debería ser elaborado, como en la democracia política, por todos los interesados: productores, empleados, técnicos, locutores, actores y el público mismo, sin excluir a los educadores, los científicos, los escritores y los artistas. El principio general que podría inspirar a este pacto sería el de la pluralidad tanto de programas como de públicos.

Llamé a la televisión un medio maravilloso. Lo es por su inmensa capacidad para adoptar y adaptar muchas modalidades y géneros, lo mismo en la esfera de la información que en las de las ciencias y las artes. Daré un ejemplo, para terminar estas reflexiones: el caso de

la poesía. Es el arte más antiguo y universal; nació con el lenguaje mismo y ha acompañado a los hombres en todas sus aventuras terrestres. Hay pueblos sin filosofía o sin novelas; no hay pueblos sin poesía. En su origen y durante milenios la poesía fue un arte oral. La aparición del libro fue el gran cambio: los poemas comenzaron a leerse en lugar de oírse. Pero la lectura de un poema nunca es enteramente silenciosa: al leerlo recitamos mentalmente los versos. En nuestro cráneo resuenan los metros y las rimas, las asonancias y las aliteraciones, las frases que se unen y se desenlazan para unirse de nuevo. Lectura rítmica y que llamamos silenciosa por analogía con la *callada música* de las estrellas que oían, con el espíritu, los pitagóricos. Fusión del oído y la vista: oímos mentalmente las palabras del poema y, al mismo tiempo, vemos la disposición simétrica de las estrofas y el trazado de los signos sobre el papel. Gracias a la escritura —caligrafía árabe o china, moderna tipografía— la poesía es un arte visual sin dejar de ser ritmo, sonido.

En la televisión las dos formas en que se manifiesta la palabra poética, la oral y la visual, se conjugan. La televisión podría ser palabra dicha, palabra escrita, imagen visual y, en fin, ritmo. Desde hace más de un siglo la poesía vive en las catacumbas, en el subsuelo de las sociedades industriales. Esta forzada ocultación ha degradado no sólo al lenguaje sino a la salud espiritual de nuestros contemporáneos. La televisión, el medio más moderno, podría rescatar a la poesía, el arte más antiguo. El poema volvería a ser sonido, escritura e imagen. ¿Arte para muchos o para pocos? La pregunta es ociosa: las minorías de hoy son, casi siempre, las mayorías de mañana. ✍

México, 30 de octubre de 1995.



Vista del estudio de Nogueshi, c. 1947.